

VICTOR SERGE

*El Caso  
Tuláyev*

Traducción y prólogo de  
DAVID HUERTA



EDICIONES DEL EQUILIBRISTA  
MÉXICO, 1993

## ÍNDICE

PRÓLOGO	7
I. LOS COMETAS NACEN DE LA NOCHE	17
II. LAS ESPADAS SON CIEGAS	53
III. LOS HOMBRES ASEDIADOS	89
IV. CONSTRUIR ES PERECER	121
V. EL VIAJE A LA DERROTA	161
VI. CADA QUIEN SE AHOGA A SU MANERA	213
VII. LA ORILLA DE LA NADA	261
VIII. EL CAMINO DEL ORO	301
IX. QUE LA PUREZA SEA TRAICIÓN	351
X. EL DESLIZAMIENTO DE LOS TÉMPANOS CONTINUABA...	389

## PRÓLOGO

**V**ICTOR SERGE (Bruselas, Bélgica, 1890 – Ciudad de México, 1947) nació en el seno de una familia de intelectuales rusos emigrados. Su nombre civil era Victor Lvovich Kibalchich. Sus parientes habían huido de la persecución y represión de la policía zarista luego del magnicidio del Zar Alejandro Segundo a manos de los terroristas “populares” o “populistas” (*narodnik*) en 1881. En su casa de Bruselas, según recuerda en sus *Memorias de un revolucionario*, en medio de una pobreza extrema en la que lo único que no faltaba cotidianamente eran libros, revistas y temas de apasionadas conversaciones, podían verse varios retratos de hombres que habían sido ahorcados por las autoridades zaristas. Un miembro de su familia, Nikolai Kibalchich, había sido mártir de esos combates; químico, él fue quien diseñó las bombas que fueron utilizadas con éxito en el magnicidio (o regicidio) de 1881. El entorno familiar y las condiciones de estrechez en que vivían los Kibalchich habrían de marcar para siempre al futuro escritor, sensible desde entonces a la materialidad de la vida, a la diversidad de las culturas y los idiomas (ruso y francés al principio; español durante el último exilio), al contraste entre las clases sociales y la lucha que éstas libran. Serge fue un lector voraz desde la niñez.

La tradición familiar de Victor Serge se conectaba directamente con la tradición revolucionaria y rebelde de los rusos opositoristas, corriente de acción y de pensamiento que se ini-

ció en 1825 entre los conspiradores del movimiento *decembrista*. La legendaria fortaleza de Pedro y Pablo, donde fueron encerrados y castigados los decembristas, simboliza para los rusos del Báltico la tiranía y el despotismo: sus murallas miran el ancho y turbio río Neva (cuyo nombre significa “lodo”) y son, junto con la aguja del Almirantazgo, símbolo de la ciudad mítica de Pedro el Grande y después de Lenin y de su gesta revolucionaria que se inició en la Estación de Finlandia. Serge nació, por así decirlo, con los ojos vueltos a Rusia y en especial a su “ventana”, hacia Europa, es decir, la propia San Petersburgo, rebautizada como Leningrado por los soviéticos —y vuelta a bautizar con el viejo nombre en los años recientes—. En esa ciudad están ambientadas, siguiendo una genealogía literaria copiosamente estudiada, sus novelas y las grandes escenas de sus libros históricos y de sus biografías de personajes de la Revolución de Octubre.

En 1912, Victor Serge fue encarcelado en París por sus ligas amistosas y conspirativas con la célebre Banda Bonnot, un puñado de anarquistas que se dedicaban a “expropiaciones revolucionarias” y habían alcanzado una intensa notoriedad que rozaba el estatuto de la leyenda —mezcla de prefiguración de Bonnie y Clyde con seguidores de Bakunin. Serge pasó varios años en las galeras: de 1912 a 1917, año en que fue expulsado de territorio francés, de donde partió para integrarse en las revueltas anarquistas de Barcelona. La experiencia de la cárcel francesa lo marcó decisivamente; de esa temporada en el infierno surgió su libro *Hombres en prisión*, testimonio novelado y necesaria referencia para comprender su personalidad y el posterior decurso de su existencia. Los años y las décadas siguientes le depararían otras amargas y penosas experiencias con las Autoridades Máximas: persecuciones, exilio interior, exilio exterior, proscripción, pobreza, censura. Los lugares de Europa y América en los que vivió y por los que pasó dibujan un itinerario aventurero sellado por el ascetismo de la moral revolucionaria, la militancia política y la pródiga creatividad literaria; en el centro de ese mun-

do testimonial, intelectual, político y artístico que su obra ha plasmado, la Revolución Rusa ocupa el lugar de un astro que proyecta alternativamente luz y sombra, esperanza y dolor, exaltación y agobio. Aunque no vivió los días inaugurales del Octubre de 1917, puede decirse que fue un protagonista y testigo excepcional y de primerísima línea. Serge llegó a la Rusia de sus antepasados en enero de 1919, a la ciudad “roja” de Petrogrado, en un intercambio por un militar francés que había sido rehén de los bolcheviques. Luego de la muerte de Lenin en 1924, el escritor y militante fue cayendo poco a poco en desgracia con quienes habían ascendido al poder en la joven Unión Soviética: en 1928 sus posturas críticas, su intransigencia, le valieron el exilio interior de Orenburgo; para entonces, sin embargo, su nombre ya era conocido en los círculos intelectuales de Europa occidental y el aprecio que escritores como André Gide y Romain Rolland le tenían sirvió para salvarlo de su destino incierto y de una obscura desaparición en algún campo de trabajos forzados. Sus colegas escritores intercedieron por él ante José Stalin y éste accedió a dejarlo salir de la URSS en 1933.

De la todavía joven Unión Soviética, de la vieja Europa, de las luchas heroicas de los años veinte, del exilio de Orenburgo, Serge salió al exilio definitivo en 1936, hasta recalar en la Ciudad de México, en donde moriría en 1947. En medio de tantas desventuras y aventuras, se dio tiempo, espacio y fuerza para escribir miles de páginas; para investigar, imaginar, discutir; para estimular la naciente vocación de su hijo Vladimir (el pintor Vlady), quien con el tiempo habría de convertirse en el mejor heredero de la tradición intelectual, artística y política de su padre.

El barco en el que Serge cruzó el Océano Atlántico, el *Capitán Paul Lemerle*, llevaba, entre otros, a dos viajeros ilustres: un par de talentosos jóvenes franceses: el poeta André Breton, con quien Serge había trabado una polémica amistad y el bisoño antropólogo y lingüista Claude Lévi-Strauss, en su Camino de Santiago hacia las selvas brasileñas. Éste refiere el hecho, con-

movido, en su libro *Tristes Tropiques* y hace un cuidadoso retrato del escritor belga-ruso. El rostro lampiño, los rasgos finos y la voz clara de Serge impresionaron a Lévi-Strauss, por cuanto no correspondían en absoluto a la imagen de “macho” y a la “sobreabundancia vital que la tradición francesa relaciona con las actividades llamadas subversivas”. El viejo compañero de Lenin intimidaba al etnólogo; el ascetismo casi asexuado de la personalidad de Serge evocaba en Lévi-Strauss a los “monjes budistas de la frontera birmana”. Este retrato, sin embargo, no coincide con la memoria de Vlady Kibalchich. Victor Serge —lo evoca Vlady— era más bien de barba cerrada y de una perfecta e incontrovertible definición sexual —de hecho, un hombre muy atractivo para las mujeres.

El trío de viajeros no podía condensar mayores significaciones históricas, políticas, intelectuales: Serge, veterano bolchevique de los años veinte, caído en desgracia con el todopoderoso José Stalin; André Breton, fundador y animador infatigable del “nuevo estremecimiento” surrealista; Lévi-Strauss, renovador de la etnología y padre de la corriente estructuralista. La alianza entre Serge y el viejo “profeta desarmado” León Trotsky se desvanecía por diferencias cada día más hondas; acaso la vena anarquista del escritor belga-ruso de lengua francesa lo separaba de la rigidez y el autoritarismo del creador del Ejército Rojo, corresponsable de la masacre de los marineros del *Cronstadt*. Breton buscaba un nuevo tipo de magia y de poesía en el Nuevo Mundo: en México se encontraría con Trotsky y con Diego Rivera, con quienes habría de firmar un exaltado manifiesto a los artistas del mundo; Lévi-Strauss iba al encuentro de los indios bororo y gé, cuyas mitologías estudiaría exhaustivamente para renovar las ciencias sociales y la lingüística. Victor Serge pasaría una breve temporada en la República Dominicana, en Ciudad Trujillo, rebautizada así —desplazando el viejo nombre de Santo Domingo— en honor del tirano Rafael Leónidas Trujillo. En esa ciudad del Mar Caribe, Serge empezaría a terminar

la novela *L'Affaire Tulaév*, a la que pondría punto final en la Ciudad de México.

Las vicisitudes de los libros de Victor Serge —sus memorias, impresionante serie de testimonios; sus novelas de gran aliento épico y de un indeleble trasfondo moral; sus biografías en las que se trasluce una interrogación incesante sobre las relaciones entre el individuo y la historia— son semejantes a lo ocurrido con las obras de Alexander Solyenitzin y Arthur Koestler.

Los sombríos y desgarrados cuadros del Gulag pintados por el primero tienen un lugar central en la literatura testimonial de todos los tiempos; la autobiografía del segundo da cuenta de un trayecto vital e intelectual paralelo al de Serge, que diverge, sin embargo, de la vida y las posiciones de éste en cuanto que Koestler abandonó para siempre los sueños revolucionarios, con un agrio desencanto en el que nutrió sus implacables análisis críticos, sus inteligentes y documentadas denuncias del estalinismo —mientras que Serge mantuvo hasta el final una fe y una fortaleza interiores sin cambios en la viabilidad y la generosidad del proyecto socialista. En términos literarios, la novela de Koestler *Darkness at Noon* (“Obscuridad a mediodía”, o *El cero y el infinito*, como se conoce en su traducción al español) se convirtió en un clásico de la denuncia antitotalitaria de nuestro tiempo. Cabe preguntar por qué no sucedió nada semejante con los libros de Serge, que, si bien son conocidos, no han tenido la misma repercusión que los de Koestler. La pregunta tiene que ver con el intransigente valor que siguió dándole Serge al proyecto socialista, cuya bancarrota denunció en sus libros antiestalinistas Arthur Koestler; acaso no se ha comprendido muy bien el específico peso moral, por lo tanto político e histórico, de la obra de Serge —mientras que la obra de Koestler entró más temprano que tarde en la corriente clarísima de la disidencia de quienes la izquierda internacional llamó, con un rencor y un re-